

¡QUÉ BELLO ES VIVIR!

Francisco Miguel Cubero Lorón



Capítulo 1

¡Qué bello es vivir!

Con el viento en la cara, y sintiendo en las muñecas el vibrar del manillar de la moto, Ramón avanzaba por la sinuosa carretera mientras controlaba la velocidad de la máquina: 110 kms. por hora, aprovechando el tramo recto que tenía al frente. Bajo él, la carretera se deslizaba veloz y hacía girar las ruedas más rápido de lo debido. En esa mañana soleada de junio, se sentía revivir cabalgando sobre la máquina, mientras con el cuerpo la hacía bailar al ritmo lo que las curvas y las rectas, apuradas al límite, le permitían.

Se sentía feliz por estar vivo, con sus 28 años apenas estrenados, en los que a las 9 de la mañana, su médico le había confirmado que se encontraba totalmente curado de la leucemia que había estado amenazando su vida, y contra la que habían luchado tanto él, como los médicos, hasta que un trasplante de médula ósea dio con la solución, aunque en una batalla que nunca estuvo claro el resultado final. Y en éste, le había dicho el médico: *"Los resultados son contundentes: no hay ningún rastro de la enfermedad"*.

Todos los malos, muy malos, momentos vividos durante el tratamiento, se le habían desaparecido de sus recuerdos y sólo sentía unas enormes ganas de vivir, que le habían casi desaparecido mientras estuvo todo aquél tiempo en el corredor de la muerte. Ni siquiera la advertencia de que continuarían durante un tiempo de entre 3 y 5 años, realizándole el seguimiento para comprobar que todo seguía yendo bien, le había eclipsado el renacer a la vida.

Y por eso, en la euforia que sentía en estos momentos, necesitaba arriesgar en la carretera y demostrarse a sí mismo que se sentía vivo, recuperando toda la energía para dominar a la máquina, acelerando en las salidas de las curvas y reteniendo en sus entradas. Los árboles de los lados de la carretera, en una ladera ascendente a su derecha y descendente en su izquierda, pasaban veloces. Sólo quería sentir el viento vibrando sobre la vestimenta de cuero y el ruido que producía al rozar en su casco integral, cada vez que sus muñecas giraban para acelerar o decelerar la moto, usando sólo los cambios de marcha y el mando de gases. El balanceo de su cuerpo y la calidad de aquella máquina, hacían el resto.

Trazó la siguiente curva a la derecha con una inclinación pronunciada hacia ese lado y al ir a trazar la siguiente hacia la izquierda, observó que había un coche parado en un lado de la carretera, con las luces de emergencia, parpadeando. Tenía el capó levantado y un triángulo de emergencia en el arcén de la carretera, como a unos 50 mts. de donde el

vehículo estaba estacionado.

Deceleró y se paró a la altura del vehículo, donde una chica joven parecía manipular algo, en la zona del motor.

- *"Hola... ¿qué te ha pasado..., necesitas alguna cosa?"*, le preguntó a la joven que era una morena muy guapa.

- *"Hola, gracias por parar, porque no había pasado nadie y en esta zona, no sé qué ocurre, que no tiene cobertura el móvil y no puedo llamar al seguro para que me mande una grúa. Me ha empezado a dar tirones subiendo esta cuesta..., y se me ha parado. Menos mal que aún lo he podido dejar arrimado a la cuneta. ¿Entiendes algo de mecánica?"*

Ramón, casi no se estaba enterando de lo que la chica le decía, porque cuando ella se ponía a mirar por el motor, a ver si veía algo que pudiera ser anormal, él sólo se fijaba en los pantalones vaqueros recortados que apenas le cubrían las nalgas. *"Qué piernas tienes, niña"*, pensó al verla doblada sobre el motor, tocando las partes que no quemaban, como si comprobara que todas estaban debidamente sujetas a sus sitios.

- *"No..., no entiendo apenas de mecánica, así que me temo que no te voy a poder ayudar mucho. Si quieres, cierra el coche y nos vamos en mi moto, hasta donde puedas tener cobertura en el móvil, para que le eche un vistazo el de la grúa cuando venga, o se lo lleve a un servicio técnico cercano. Y si quieres..., hasta te puedo invitar a comer. Aunque según a qué restaurante vayamos..., no sé si te dejarán entrar... así de vestida"*, le dijo Ramón, mientras le hacía una radiografía pícaro, con la mirada puesta en los vaqueros de un palmo de largos.

- *"Primero, no sé quién eres, ni cómo te llamas. Segundo, no sé si me puedo fiar de ti, montándome en tu moto. Y tercero..., que si buscamos un restaurante que admitan perros, seguro que me dejarán entrar también a mí. Así que como tengo hambre y no me gusta estar sola con el coche en estas condiciones, me voy a saltar las dos primeras puntualizaciones, si me ayudas con todo lo demás. Ah..., mi nombre es Andrea. ¿Y el tuyo...?"*.

- *"Ramón. Y me temo que quiero invitarte a un buen restaurante, aunque tenga que sobornar al maître más quisquilloso de la zona, para que te deje entrar subida en esas piernas"*.

- *"Oye..., tú... ¿no querrás ligar conmigo, abusando de una mujer desamparada con la excusa de tu ayuda..., ¿no?"*, le dijo ella sabiéndose atractiva.

- *"Lo último que haría. Considera que has topado con una ONG que, sin ánimo de lucro, te va a ayudar. Venga, cierra el coche y sube, que te llevo*

a ver si comes en condiciones un día, que algún kilo de más, no te vendrán mal. Lo que yo no sé es si te entrarán los pantalones, después", y se rió al decirle eso a Andrea. Y siguió: "Por cierto..., ¿a dónde vas, por aquí?, porque el paisaje es muy bonito, pero está muy apartado de la civilización"

- "Voy visitando todo esto, camino de Soria, que no lo conocía. Es que tengo un amigo allí y me ha invitado a pasar unos días, aunque él no sabe fijo cuándo llego. Llegaré..., cuando tenga que llegar. Hay muchas cosas interesantes por aquí", y puso un mohín de niña perversa, que le dio ánimos a Ramón. "Vivo en Madrid, con mis padres. Como tengo unos días de vacaciones, pues los quería pasar por aquí porque mis padres son de Soria. De pequeña me traían, pero ya no lo recuerdo. Debía de tener dos o tres años, solamente. ¿Y tú, qué haces por aquí?"

- "Pues celebrando que he nacido esta mañana. Tengo... horas de vida", y se rió Ramón, con su propia ocurrencia.

- "Pues pareces más viejo. Se nota que no te cuidas nada", contestó Andrea con ironía sin saber, claro, de qué iba la broma esa. "¿Te has fumado algo y te ha sentado mal, o qué?", un poco picada con que le estuviera tomando el pelo, sin apenas conocerse.

- "En realidad, yo no me he cuidado, es verdad. Lo han tenido que hacer los médicos. Si de mecánica del automóvil entiendo poco, de cómo curar la leucemia, entiendo aún menos. Pero, en teoría, esta mañana me han confirmado que estoy curado. Así que lo celebro con mi moto, con el viento..., con el paisaje..., y contigo, si me dejas. Me han dicho los médicos que me tome una Andrea antes de las comidas. Almuerzos y cenas, incluidas. Así que lo que hagas por mí, será sólo por prescripción facultativa. No creo que seas peor que todas las torturas a las que me han sometido los cabrones que me han curado. Bueno, por conocerte a ti, ya creo que habrá merecido la pena haber llegado hasta aquí", dijo Ramón con una sonrisa un poco triste porque su cuerpo llevaba en su interior todas las cicatrices que le habían dejados los tratamientos.

- "¿Y cómo te encuentras, ahora?. Me refiero, ahora que estás curado ya", le preguntó Andrea, intentando un tono que no pareciera una intromisión en alguien al que acaba de conocer.

- "En el cuerpo..., yo me siento bien. Hago deporte, voy al gimnasio para recuperar estos músculos desatendidos tanto tiempo, y bien. Pero en mi cabeza..., no sé si estoy preparado para volver a pasar por todo lo mismo, si recayera. Y ese temor, porque es algo real que podría pasarme... ahí está. A compañeros que llevan ya 10 años curados..., les sigue pasando lo mismo en cada síntoma que se notan un poco fuera de lo normal. Luego no es nada, pero mientras les sacan de la duda o no..., con ello tienen que convivir. Pero bueno, no quiero pensar en eso. He nacido a la vida, y eso

es lo que cuenta. Venga, sube, que te llevo hasta un restaurante que he visto como a unos 10 kms. de aquí, según venía. Y tenía buena pinta. Espero que no nos pare la guardia civil, si ve que no llevas casco. No correré por si acaso. Si no me ponen ninguna multa por tu culpa, me voy a pedir el mejor vino que tengan, que para algo es hoy mi cumpleaños. Agárrate fuerte, que no muerdo", terminó Ramón. Ella se subió al asiento trasero y se aferró fuerte a su cintura estrecha, apoyó la cara en su espalda y sintió el olor del cuero de su traje. *"Joder..."*, pensó Ramón, *"qué ganas tenía de sentir a una mujer pegada a mí, aunque sea así. Nada se puede comparar a esta sensación"*. Y le preguntó a ella: *"¿Estás bien para arrancar...?"*. Andrea contestó que sí, que adelante, y se apretó un poco más a él, porque lo de las motos, no era lo suyo. Y arrancó despacio, consciente de que su nueva compañera, iba muy poco apropiadamente vestida y protegida para ir en moto. Ahora, volvían sobre sus pasos, pero sin pasar de 70 kms. por hora, porque tampoco tenía ninguna prisa por desprenderse de ese paquete frágil y caliente que llevaba amarrado a su cuerpo, cuando llegaran a su destino.

- *"Prueba ahora con el móvil a llamar al seguro"*, le dijo Ramón cuando pararon en la puerta del restaurante. *"Pero que nos den un poco de tiempo para que podamos comer con tranquilidad. Diles dónde tienes aparcado el coche y que si necesitan las coordenadas, que como las tengo yo en el GPS, que se las puedo dar, ¿vale?"*

Andrea, asintió y les llamó, explicándoles qué le había pasado, dónde estaba el coche y que se encontrarían allí, una vez que hubieran comido.

- *"Sí, a las cuatro, estaría bien"*, le decía Andrea a la persona que le atendía que era el que iría con la grúa, mientras miraba a Ramón buscando su aprobación a la hora de esa cita, a ver si estaba calculando bien el tiempo de que dispondrían para comer y regresar. Por las explicaciones de Andrea, el del teléfono ya sabía la zona en la que estaba el coche, así que no hicieron falta más detalles. Andrea colgó, y se la vio suspirar, pensando que qué bien, que no estaba sola para resolver el contratiempo. Ahora, podría centrarse en disfrutar de ese momento que el destino había querido que fuera con un desconocido que estaba deseando vivir la vida, y saborear todas las oportunidades que se le presentaran en adelante.

Ramón, cogió a Andrea por la mano para entrar al restaurante y ella, se dejó llevar. Le gustó que el otro tomara la iniciativa sin dudas, como quien ya sabía de antemano lo que debía de pasar y lo que ella intuía que deseaba que pasara. Y le gustó esa sensación de su protección y su mando, que estaba sintiendo con él.

Como el restaurante no estaba muy lleno, eligieron un mesa junto a un enorme ventanal que daba a la carretera y a los pinares que la bordeaban. El camarero, a petición de Ramón, les presentó una botella de vino blanco

frío, y mientras les traían la comida que se habían elegido, lo iban saboreando a sorbitos, hablando para conocer al que enfrente de cada uno de ellos, tenían.

- "Y tú, Andrea... ¿en qué trabajas?", le pregunto Ramón.

- *"De dependienta en El Corte Inglés de la calle Preciados, en Madrid. Estoy en los departamentos de perfumería, vendiendo y ofreciendo perfumes de señora, o de caballero, a todos los que pasan. Para llegar a ello, me tiré 5 años estudiando sociología en la Complutense de Madrid, aunque lo de vender perfumes, eso era ya un máster de postgrado. Espero que los de El Corte Inglés, me convaliden ese máster y me den un diploma para ponerlo en el comedor de mi casa",* dijo ella con ironía. *"Pero bueno, feliz por tener trabajo, porque con mi cabezonada de ser socióloga..., me parece a mí que lo tengo claro para encontrar algún trabajo relacionado con eso. Y mi compañera es bióloga",* y se echó a reír, como diciendo: *"eso, aún es peor".* Y siguió: *"Bueno, y tú, ¿qué?"*.

- *"Pues de baja, todavía, pero tengo ganas de reincorporarme otra vez a mi trabajo en una empresa mediana de fabricación e instalación de placas solares pero, más bien, en lo que se llaman huertos solares, y no para viviendas particulares. Tuve la suerte de hacer una carrera de ingeniería aplicada a las energía renovables, solar, sobre todo, y colocarme para aplicar y desarrollar lo estudiado",* e hizo una mueca de sonrisa.

Andrea, tenía el antebrazo apoyado sobre la mesa y su mano, jugaba con el corcho de la botella. Él, acercó a suya a la de la muchacha y se la tomó. Andrea, siguió hablando, como si ese contacto no fuera trascendente. Y le dijo:

- *"Bueno, eso está bien, ¿no? Además, es una actividad con mucho futuro con esto de las energías renovables y todo eso, imagino".* Y se calló, para concentrarse en la sensación de la mano de Ramón, en la de ella.

- *"No..., no creas, no es tan sencillo. La energía que procede del sol, sí que es muy barata. Transformarla en electricidad, ya no tanto. Y en términos económicos, menos rentable y más insegura, que la que se obtiene del petróleo, o de los eólicos incluso. Dependemos demasiado para sobrevivir, de las subvenciones. Y éstas, en estos momentos... no están muy bien vistas. Cuando las carteras están vacías, la contaminación pasa a un tercer o cuarto plano. Así que no sé cuánto durará mi empresa..., y hasta esto de la energía fotovoltaica".* La miró a los ojos, y le dijo: *"Tal vez del calor de tu mano, podríamos obtener más energía, y sin grandes inversiones".* Y se rieron los dos.

- *"Las dos paellas de marisco, que nos habían pedido",* dijo el camarero, mientras depositaba en la mesa dos platos abundantes de arroz y profusamente adornado con animales del mar. *"El color anaranjado del*

arroz, es azafrán ligeramente tostado previamente. Espero que lo sepan apreciar en el sabor final, porque se lo estamos cobrando en el precio", sonrió el camarero al terminar la frase. Y se fue.

- *"Tiene buena pinta, ¿eh?. ¿Por qué brindamos?"*, preguntó Andrea, ante aquella obra de arte para el paladar. Y levantó su copa de vino blanco, ligeramente empañada, esperando que la de Ramón chocara con ella, formulando un deseo.

- *"Por la vida. Y porque podamos disfrutarla con momentos como éste",* contestó Ramón.

- *"Como éste..., o mejores",* puntualizó Andrea.

- *"Pues por los mejores",* y mirándola a los ojos, chocó su copa con la de ella, y bebieron un trago de aquél vino que resbalaba por dentro, sin rozar el interior de su garganta más que con sus aromas a todo, según estaban descritos en la etiqueta de la botella.

- *"¡Qué rico está!",* dijo Andrea. *"A ver ahora este arroz con azafrán... iummmmm...!, está de muerte. No sé si es por el arroz, por la fauna ésta variada que han puesto, por el condimento, o por todo junto; pero está buenísimo",* y se comió varios bocados seguidos. Ramón, hacía lo propio y se peleaba ahora con una cigala que protegía su interior de carne blanca, rodeándola de segmentos espinosos, no aptos para impacientes. Andrea, se lo quitó de las manos y, en un momento, con el cuchillo y el tenedor, la despojó del caparazón y toda la carne quedó al descubierto.

- *"¿Dónde has aprendido estas habilidades, niña? Es que las gambas tienen un trato más amable con quien se las va a comer; pero estas cabritas...",* le dijo a Andrea.

- *"Tengo muchas habilidades, cuando quiero".* Y paró un momento, pensó en lo que acaba de decir, miró el vino al trasluz levantando la copa y añadió: *"Este vino..., este vino es muy traidor. Tendré que tener cuidado con él, no sea que todo lo que diga, pueda ser usado luego, en mi contra",* y se rió maliciosa.

- *"O en tu favor: quién sabe",* le dijo Ramón asomando un brillo oportuno en su mirada.

- *"Recuerda que el de la grúa, venía a las cuatro",* una frase que era todo un reto hacia Ramón, como para que fuera capaz de adaptar el momento aquél, al tiempo disponible.

- *"¿Y si le decimos que venga mañana por la mañana? Es que no nos va a dar tiempo ni a comernos los postres con tranquilidad... ¿no?",*

contraatacó Ramón, elevando el listón de las posibilidades.

- *"Me va el regateo. Digámosle que venga a las siete. Por lo de los postres. Última oferta"*, sentenció Andrea.

- *"La acepto. Llámale y díselo"*, le dijo él.

- *"No. Llámale tú, que yo estoy un poco borracha y se me da mal mentir, en mi situación. Tú, seguro que sabes buscarle una excusa para retrasar su venida, anda, porfi..."*, le rogó melosa.

- *"Pero si el coche es tuyo. ¿Qué pinto yo en esto de la grúa?"*, se hizo rogar Ramón.

- *"Anda..., porfi-porfi-porfi..."*, dijo Andrea con un mohín de niña mimada y un poco tocada con los efectos del vino.

- *"Está bien, tú ganas. Luego le llamo y se lo digo. Ahora, a por la paella y el vino que la acompaña. Y como decían los romanos...: carpe diem"*. Levantó de nuevo su copa y la chocó con la de Andrea, quien le imitó en el adagio latino, al mirarle fijamente a los ojos: *"pues... carpe diem"*. Y durante unos instantes largos, no se dijeron nada más que lo que las miradas entrecruzadas de ambos, dejaron claro.

Andrea, rompió el silencio dulce aquél:

- *"¿Sabes?, a veces, cuando pienso en la vida..., tengo miedo al futuro ¿A ti también te pasa?"*, preguntó Andrea.

- *"Antes sí. Pero desde que enfermé... sólo tengo miedo al presente. Y ahora que dicen que estoy curado, más. Porque ahora siento miedo a perder esta esperanza de una vida normal que me han casi asegurado. Así que valoro mucho el presente en estos momentos. Soy, como esos ancianos que ya no tienen que pensar en el futuro. Mis proyectos llegan hasta la siguiente revisión. Y si la supero..., hasta la que le siga. Así que quiero vivir lo bueno que me pueda dar la vida: esta paella, tu compañía, o sintiendo el viento sobre mi moto. Vaya, lo siento, nos estamos poniendo muy serios y estamos a mitad de nuestra paella y no me quiero perder los postres que aún no hemos pedido"*, dijo Ramón.

- *"Yo, también quiero vivir el momento aunque nada, hasta ahora, me ha ya negado el futuro. Creo que deseo los mismos postres que tú. Mejor así, y no andamos molestando tanto al de la cocina. ¿Te parece...?"*, ronroneó Andrea para hacerle esa pregunta final cargada de malas intenciones.

- *"Me parece..., me parece..."*, dijo con complicidad Ramón, todo alborotado por dentro, con tanto sugerir en cada mirada negra de Andrea. *"Como mi compañera dice que quiere lo mismo que yo, pues querríamos*

dos postres de... esto: mousse de chocolate con crocanti de almendras", le dijo Ramón al camarero, señalando en la carta de los postres.

- *"Muy bien. Es de la casa, les gustará. Si me lo permiten, les vamos a invitar a una botellita de cava, para acompañar el postre y la sobremesa"*, dijo sonriendo el camarero. *"¿Cafés..., o algún licor..., tomarán los señores?"*, añadió. Ellos se miraron y comprendieron que podrían perdonar el café, porque el coche les estaba esperando y no querían alargar la comida por más tiempo.

- *"No, mejor no, con los postres y el cava, será suficiente. Y no disponemos de mucho más tiempo"*, le contestó Ramón que era el que llevaba la iniciativa ante las preguntas del empleado.

"O.K.", dijo éste y se fue en busca del postre y la bebida final.

- *"Andrea..., tengo miedo a que se te suba a la cabeza, el cava, después de lo fácil que entraba el vino ése"*, y sonreía mientras se lo decía.

- *"Eso espero"*, dijo ella, sin ninguna ironía. *"Lo malo es, si me entra el sueño mientras... esperamos al de la grúa, dentro de coche"*.

- *"Bueno, soy un hombre de recursos: ya procuraré mantenerte despierta todo el tiempo. Si no... ¿quién la explica al hombre, qué le ha pasado a tu coche, eh?"*

- *"Claro, no había caído. Mejor, en esas circunstancias, estar despierta"*, y se echó a reír. Y un calor alargado, le ascendió por el cuerpo arriba.

Al poco, el camarero les dejó un plato a cada uno con la mousse de chocolate, dos copas altas y una botella de cava, fría.

- *"Espero les guste"*, les dijo al servir todo eso.

Ellos, le dieron las gracias y Ramón, le llenó la copa a Andrea, y también la suya.

- *"¿Por qué vamos a brindar ahora...?"*, le preguntó él.

- *"Yo, ahora, brindaría por los postres que redondean una buena comida"*, contestó Andrea.

- *"¿Como... éstos?"*, dijo Ramón, señalando con la mirada los platos de la mousse.

- *"Sí, también por postres como éstos..., ¿por qué, no? Chín-chín"*, dijo Andrea, chocaron sus copas de nuevo, y bebieron un sorbo. *"Está dulce, qué rico... ummmm. Y la mousse..., excelente. Gracias, Ramón: me has*

ayudado en el apuro del coche, has encontrado un buen restaurante, una buena mesa, una buena comida y has elegido un buen postre..., ¿qué más puedo pedir?", dijo satisfecha Andrea.

- *"Si tú no sabes qué más pedir..., yo sí: a ti. Ya ves que soy exigente",* dijo Ramón con una mirada fija clavada en los ojos azabache de la chica. Ella, le aguantó la mirada, y sonrió pícara.

Se terminaron la mousse, y la botella de cava se fue vaciando a medida que las copas de ambos, las iba rellenando Ramón casi sin darse cuenta, mientras hablaban de sus vidas y de sus proyectos para ellas. El efecto del cava se iba notando porque las risas con los pequeños detalles y anécdotas, les salían muy fácilmente.

- *"Bueno, Andrea... ¿te apetece que volvamos al coche?. Son casi las cinco y el de la grúa me ha dicho cuando le he llamado, que fuéramos puntuales que llegaría a las siete. Hace duelo levantarse de aquí, porque se está muy bien con todo el paisaje que se ve desde la mesa, la conversación contigo y el cava, que ya no queda más que ese poquito de las copas. Va, las apuramos y nos vamos, ¿vale?"*, dijo Ramón impaciente por estar con ella, a solas.

- *"Vale, nos vamos, pero te advierto que estoy un poco borracha, ¿eh...?. Y feliz. Esperemos que el de la grúa no sea muy puntilloso con la hora, pero que acuda. Me va a venir muy bien que me dé el aire en la cara, ahora en la moto. Pero no corras, por favor, que no tenemos prisa. Bueno, sí que la tenemos, pero mejor, despacito, disfrutando de esta carretera tan arbolada. Yo me agarraré fuerte, a ti..., si no me duermo",* se rió al decirlo, Andrea.

- *"No me jodas, niña. Aguanta que llegamos enseguida, que está cerca de aquí",* y se rió pensando en que se le quedase dormida sobre su espalda. La cogió por la cintura apretándola en un fuerte abrazo, contra su cuerpo. Y ella, se dejó aplastar entre sus brazos como entregada a ese hombre que le generaba confianza. Ella, se le quedó mirando y Ramón le correspondió con otra mirada. Le dio un beso pequeñito en su boca, y le ordenó:

- *"Va, sube, que nos vamos, no sea que nos quedemos sin postre".* Se ajustó el casco y se cerró la cazadora. Andrea se subió tras él, y se cogió a su cintura. *"Ya estoy lista",* le dijo. Y suavemente, aceleró la moto y subió la cuesta que llevaba hasta la primera de las curvas de la carretera, flanqueada de altos pinos, que competían por la luz de aquél sol soriano, que nunca parecía calentar en la sombra.

En diez minutos, llegaron hasta donde el coche de la chica seguía aparcado, con las luces de emergencia parpadeando, avisando a los muy pocos que por allí habrían pasado. Aparcó la moto, delante del vehículo y

Ramón, intentó abrir la puerta de atrás, tirando de la manija, sin conseguirlo.

- *"Espera, que está cerrada, no seas impaciente"*, le dijo con un poco de sorna Andrea, porque los dos estaban igual de deseosos de esperar, sin ninguna prisa, a la llegada de la grúa. La chica, sacó las llaves del bolso y pulsó la apertura de puertas.

- *"Tú primero"*, le dijo Ramón.

- *"Claro, es mi coche"*, contestó Andrea con un falso desdén hacia la cortesía de Ramón. Se sentaron en el asiento trasero, y cerraron la puerta.

- *"Y ahora..., ¿qué?"*, le dijo ella para retarle.

- *"¿Ahora..., qué? Pues no sé... ¿qué tienes de postre? Porque en la carta, todo tiene buena pinta pero estas cosas, hasta que no se prueban, pues no sé sabe si te están dando gato por liebre. ¿Qué me recomiendas?"*, bromeó Ramón, como impasible ante ella. E intentaba mantenerse sin dibujar ni una sonrisa.

- *"Te sugiero... éste: "beso al natural, de la casa". Los que lo han probado, han quedado contentos"*, siguió Andrea, melosa.

- *"¿Y los han probado mucha gente...? Igual es sólo porque es un postre muy asequible"*, le dijo él, haciéndose el celoso que resta valor a la oferta.

- *"Perdón, caballero, pero eso pertenece al secreto profesional de la casa, y no se puede decir. Es un postre para paladares exigentes que saben apreciar la calidad. No puedo decirle más"*, y ya el tono de ella, se estaba poniendo impaciente.

- *"Bueno, entonces... tráigame, de momento, 10 de éstos..., y si me quedo con hambre, ya le pediré más"*, siguió Ramón en el mismo tono juguetón, con un morbo que les iba creciendo como la espuma de una cerveza mal tirada.

- *"Pues para no andar yendo y viniendo a la cocina, le traigo todos los que tenemos, y cójase los que crea conveniente. El precio, el mismo"*, respondió Andrea, que ya no tenía ninguna gana más de seguir en ese juego que sólo caldeaba el ambiente. Y sin pensárselo dos veces, le ordenó: *"Venga, bésame, a ver a qué sabe la vida cuando la dejamos a su aire"*. Se abrazó a él, y comenzaron a besarse sobre el asiento trasero que pronto se les quedó pequeño.

Y la vida les pedía más pista para sus vuelos acrobáticos a baja altura, entrelazando rizos en el aire como dos ultraligeros perezosos que volaran mucho más lentos de lo que lo hacía el sol, y de lo que les urgían sus relojes.

Cuando los vuelos de prueba se acabaron, se dejaron caer sobre la pista acolchada con todo el combustible consumido y el coche de Andrea se hizo su hangar, mientras por dentro de aquellos dos cuerpos jóvenes, los encargados de su mantenimiento se emprendían a la tarea de dejarles como si todas las acrobacias, no hubieran ocurrido.

Unos golpes sobre el cristal de la ventanilla, los sacaron del sopor, y todavía sin saber de qué iba aquello, vieron a un hombre que con los nudillos, golpeaba insistente.

- *"¡La grúa del seguro!",* gritó desde afuera.

Ramón, bajo la ventanilla y le dijo:

- *"¡Ah, perdón...!, que nos habíamos quedado dormidos, lo siento. Espere, que ahora mismo salimos".*

- *"Vale..., vale... Voy un momento a buscar las herramientas y mientras, Vds..., se preparan. Es que llevo casi diez minutos esperando, pero como no me estaban viendo, y aunque me ha hecho duelo molestarles, pues es que se me estaba haciendo muy tarde. Son las siete y veinte",* dijo el hombre como justificándose. Y dicho esto, hizo como que iba a buscar algo a la grúa.

Ramón y Andrea, algo azorados, se vistieron como pudieron en aquél espacio tan minúsculo y salieron fuera.

- *"¿Pueden abrir el capó...?",* dijo el de la grúa. Lo levantó al soltarle Andrea el seguro y se puso a mirar si las cosas, más o menos, estaban en su sitio.

- *"¿Qué han notado, cuando se ha parado?",* continuó preguntando. Andrea, respondió:

- *"Pues me ha empezado a dar tirones y cuando lo he arrimado al arcén ya, se me ha parado. Lo he intentado poner en marcha, pero ha comenzado a hacer lo mismo y me ha dado miedo seguir insistiendo. Lo que pasa es que aquí no hay cobertura del móvil y hasta que no me ha llevado este amigo, ahí abajo, donde está el restaurante, no podía llamarles".*

- "A ver..., intente arrancarlo", dirigiéndose ya a Andrea.

Ésta, giró la llave del motor y el coche empezó como a toser entre temblores.

- "Vale..., vale..., párelo ya, señorita. Yo creo que es alguna de las bujías. Podría ser del catalizador, que esté obstruido y, eso, sería una avería más grave. Voy a probar a cambiarle todas las bujías por unas nuevas, y a ver qué pasa". Andrea, tras oírlo, miró a Ramón con cara de angustia, de pensar en el catalizador, porque había oído que era una reparación cara. Y quedarse además sin coche, con lo que lo utilizaba para cada día.

Mientras el de la grúa, se sumergía bajo la concha del capó levantado para cambiarlas, Ramón y Andrea, apoyados en el maletero del coche, se besaban. Él, tenía sus brazos alrededor de su cintura, bajo la camiseta que ella vestía, y sentía la piel suave y su cuerpo elástico de serpiente caliente, del que tiraba hacia sí para apretarlo contra su propio cuerpo. Se miraban a los ojos, y se besaban. Se volvían a mirar y apagaban sus miradas para que no les distrajeran al sentirse los labios. En la siguiente mirada, más larga, sin hablar y sin beso, se preguntaron: "¿Y ahora..., qué?".

La duda duró sólo unos instantes más, cuando la voz del hombre, dijo:

- "A ver, señorita, perdonen... ¿puede darle al contacto, para ver qué pasa?"

- "Ah..., sí, claro, disculpe: ahora mismo", dijo Andrea metiéndose en el coche. Se aseguró del freno echado, de la marcha en punto muerto y giró la llave. El motor arrancó, con música de Wagner, con un sonido inmaculado.

- "Pues ya lo tiene. Ha tenido suerte: alguna bujía que le fallaba. Vale". El hombre, bajó el capó y le volvió a decir: "A ver, apague el motor y vuelva a encenderlo...". Andrea lo hizo, obediente, y el motor volvió a sonarle a Wagner. Ella, dio un suspiro de alivio porque las paredes del mundo se le pusieron de nuevo en pie, y salió feliz a darle las gracias al de la grúa y a ver qué se debía. "Las bujías sólo. Todo lo demás, lo cubre el seguro de asistencia. Total, son..."; le dijo el precio, le cobró..., y como no le mandó nada más, se marchó.

Ellos, vieron alejarse la grúa y se quedaron apoyados contra la puerta del conductor, cogidos mutuamente por la cintura, para seguir intentando resolver la duda de lo que querían que pasara a partir de ese momento.

- "Es tarde. Deberíamos de pensar, en marcharnos". Con esa frase, rompió Andrea el silencio. "Aún debo de llegar hasta Soria y llamar en cuanto pueda a mi amigo, que estará preocupado de ver que estoy

tardando más de lo previsto, aunque sólo le he dicho que llegaría, hoy". Pasada la angustia por el coche averiado, y los momentos de felicidad ascendente vividos con ese desconocido llamado Ramón, su cabeza de mujer la volvía a la realidad.

- *"Ah..., claro, tu amigo. Es verdad, no me acordaba. Bueno, imagino que nos podríamos llamar y vernos otro día ¿no? Total, desde Aranda de Duero, donde vivo, hasta Madrid, hay una hora y media, como mucho. ¿Cuántos días vas a estar en Soria?"*, le preguntó Ramón.

- *"Pues no lo sé todavía, porque él quiere que me quede los 15 días de mis vacaciones, así que no sé qué haré al final. Mejor, dame tu teléfono y si acaso, cuando ya esté en Madrid, yo te llamaré y quedamos un rato para tomar café. Igual te iba a ver un día, y me enseñas Aranda, que tampoco la conozco. Madrid, es un poco de locos y mi vida, también. Bueno, ya sabes"*, dijo Andrea eludiendo comprometerse.

- *"Claro..., claro... Bueno, toma, este es mi número de teléfono, con mi nombre completo. Te apunto también mi dirección de correo, como otra opción para poder comunicarnos. Creo que mejor sería que me dieras también el tuyo pero, bueno, al menos..., llámame cuando regreses... ¿eh?"*, dijo Ramón dudando de su propio ruego.

- *"Seguro que lo haré, descuida. Bueno, Ramón, estaremos en contacto y ya me irás contando cómo te encuentras y lo que te vayan diciendo los médicos. Ya verás cómo está todo superado. Ahora, esas cosas, no son como antes. Gracias por todo: por tu ayuda, la comida... y los postres"*. Se guardó el papel con los datos de Ramón en el bolsillo del pantalón, le dio un beso de despedida en la boca, que él quiso alargar pero, Andrea, como para mirar la hora en el reloj, le dejó con las ganas diciendo:

- *"¡Ufff, qué tarde se me está haciendo!"*, como azorada. Sacó las llaves del bolsillo, se metió en el coche, y con la ventanilla bajada, le dijo adiós con la mano, mientras hacía arrancar el coche..., y se fue.

Ramón, se quedó de pie, viendo cómo ella se alejaba por entre las sombras de piel de cebra que los pinos proyectaban sobre el asfalto, dudando de si realmente le llamaría para volverse a ver. Había sido un buen día en su compañía y deseaba que aquello no acabara esa misma tarde. Miró la hora y, sí, era tarde ya.

Al ir a dirigirse hacia su moto, vio un papel arrugado en el suelo y se agachó a cogerlo. Lo desplegó, y se dio cuenta de que era el que le había entregado a Andrea, con sus datos. Aturdido, levantó la vista y en la lejanía, aún pudo distinguir zigzagueando, el coche de ella camino de Soria. Hizo un amago de querer levantar la mano y llamar su atención..., pero desistió. El sol, ya bajo, iba agrisando los colores del paisaje aquél y que, cuando él la había encontrado junto a su coche averiado, estaban

luciendo en todo su esplendor.

Un punto de frescor y tristeza, se apoderó de su ánimo.

F I N